

El becerro de oro

POR ROLANDO ARMUELLES VELARDE

 Iré disimuladamente el reloj. Eran las 9:58 a.m., y me preguntaba por qué aquella mañana no había recibido ningún mensaje de texto o correo electrónico que me rescatara de la maratónica reunión de presupuesto. Cualquier excusa hubiera sido buena: una emergencia en casa, un problema con las computadoras del departamento. Entre bostezos, tazas de café y largas explicaciones, se terminaba en discusiones sobre los vaivenes del mercado, los gastos superfluos de las otras instancias y del crecimiento de la cartera morosa. Aquel día no me tocaba la palabra, pero hubiera cambiado con gusto mi oficina con vista a la bahía por llevar la conversación hacia la intrascendencia de todas esas cifras frente a los verdaderos problemas de los clientes del banco.

Estaba absorto en la idea de lo que pasaría si recibiéramos la noticia sobre el asalto a una de nuestras sucursales, con rehenes y todo, cuando Marta, la chica de marketing, quien en ese momento defendía su proyecto de anuncios digitales se detuvo en medio argumento y señalando por la ventana preguntó:

—¿Estamos en carnavales?

Media docena de personas nos agolpamos frente a la ventana de la sala de reuniones en el piso 10. Se apreciaba claramente el denso tráfico sobre la calle 50, frente al edificio, y una muchedumbre que subía desde la cinta costera, portando pancartas.

—Es otra protesta de los obreros- dijo el gerente. Sigamos con la reunión.

Eran comunes las protestas en esta parte de la ciudad, cada vez más frecuentes. Por cualquier motivo se cerraban calles, paralizando el tránsito y causando pérdidas millonarias a la economía. Desde nuestra posición de ejecutivos bien pagados, poco importaba el motivo, siempre que no nos afectara las salidas a almorzar. El jefe tenía razón, no había motivo para interrumpir otra “importante” reunión. Nos disponíamos a regresar a la mesa, cuando Nidia, la secretaria del gerente, exclamó:

—¡Llevan una vaca dorada!

—No es una vaca, es un becerro de oro- dije, mientras todos volteaban a verme con sorpresa-. Cuando Moisés subió al cerro a hablar con Dios, el pueblo de Israel se fabricó un becerro de oro y empezaron a adorarlo.

Entonces el gerente empezó a reír a carcajadas, a lo cual todos le seguimos. Cuando recuperó el aire, me dijo en tono de broma:

—Coño, Juancho, parece que esta vez vienen a protestar contra nosotros.

No sé cuál resorte tocaron en mí esas palabras, pero me acerqué a él, y le pedí que me excusara, que tenía que salir de la reunión. No esperé su respuesta. Simplemente me dirigí a la puerta y sin mirar atrás, caminé con prisa hacia el elevador. Una vez dentro, pulsé el botón de planta baja,



mientras mi pulso se aceleraba. Sentía curiosidad por ver de cerca el becerro y leer las pancartas. ¿Quiénes eran estas personas que marchaban a todo sol?

Al cruzar la recepción en dirección a la puerta de entrada principal, noté la cara de sorpresa del seguridad mientras respondía a mi saludo. El calor y las voces de la muchedumbre me recibieron como una bofetada. Entonces pude ver sus rostros: sudados, contentos, jóvenes, viejos, una muestra del crisol étnico de esta tierra. Unos rezaban, otros cantaban y uno que parecía el líder predicaba por un megáfono sobre el amor al dinero:

—¿Babilonia del Pacífico, ciudad perdida, cuándo dejarás atrás tus pecados? – repitió el predicador en tres ocasiones.

Entonces me miró fijamente. Un escalofrío recorrió mi espalda. Empecé a caminar hacia él, abriéndome paso entre la muchedumbre, primero dudoso, luego resuelto. Miré al becerro junto al predicador. De rústico papel maché, cubierto con pintura dorada. Iba sobre un carro que empujaban cuatro hombres a los lados. Sin dejar de cantar y sonreír, la gente en el centro de la procesión ahora me miraban todos, como dándome la bienvenida. Era muy extraño. Ahora estaba parado junto al becerro. Veía sus imperfecciones.

¿Por qué me atraía tanto? Ya no pude contenerme y lo toqué. Sentí un intenso dolor, luego empecé a deshacerme en un torbellino. Mi grito se apagó de pronto. Sólo se oían los cantos. Ahora podía ver desde arriba cómo se movía lentamente la procesión. Así, contra mi voluntad, recorrimos la calle 50, deteniéndonos ante cada edificio.

Ahora tengo suficiente tiempo para pensar en mi pasado, en el sentido de la vida, en esta ciudad que busca las alturas y ansío la llegada de la fiesta del becerro, para intentar una vez más escapar de este encierro y regresar a la discusión del cochino presupuesto.

Tomado de *Sieteporocho, colectivo de 56 cuentos panameños*, 9 Signos Grupo Editorial, Panamá, 2011.

ROLANDO ARMUELLES VELARDE Egresado del Diplomado de Creación Literaria de la UTP 2009. Sus cuentos forman parte de los colectivos: *Déjame Contarte* editado por Carlos Oriel Wynter Melo en 2010 y *Sieteporocho, colectivo de 56 cuentos panameños*, 9 Signos Grupo Editorial, 2011.